



Andrea Teruel
*Hacia una antropología acéfala.
Georges Bataille y la heterología*
Córdoba, Alción, 2022, 298 pp.

Natalia Lorio
UNC-CIFFyH
nalorio@unc.edu.ar

Hacia una antropología acéfala. Georges Bataille y la heterología, de Andrea Teruel, es un estudio paciente y apasionado (si bien por momentos lo paciente parece enmascarar lo apasionado) sobre una antropología acéfala –aunque en el título leemos «*Hacia*» una antropología acéfala, asunto sobre el que volveré al final–. Andrea Teruel desarrolla un estudio pormenorizado y meticuloso de la heterología batailleana, haciendo foco en los escritos de Georges Bataille de los años 30, indicando que en ese peculiar neologismo del autor francés está la clave de lectura de su obra en general y de los desarrollos de una antropología cuestionadora de lo humano en particular. Vaya provocación: una antropología de lo sin cabeza o sin cabeza. Pero ¿no es cierto que aquella ciencia que quiera pensar lo humano, el *anthropos*, debería tener en cuenta la cabeza?, ¿o es acaso que la cabeza ha sido tenida demasiado en cuenta? Entonces, no es vano preguntarse: ¿si en esta antropología se trata de ahondar en lo humano pero sin cabeza, qué queda? ¿Cuál es su objeto? ¿De qué se ocuparía tal saber?

Vale por caso recurrir a algunos relatos o representaciones que se aventuran a indagar en lo acéfalo –o en lo sin cabeza, o en el cambio de cabeza– para tener algunas pistas acerca del *metier* de tal antropología. El primero, el acéfalo, o los acéfalos de André Masson que ilustraron la revista *Acéphale*, aparecida entre 1936 y 1939, cuyo ícono es la condensación que espejaba el cometido de esa célula vanguardista, revolucionaria, nietzscheanamente religiosa (en la que se encontraban Bataille, Caillois, Klossowski, entre otros). Célula comunitaria, por otro lado, que en la cabeza cercenada encontraba el impulso para la transgresión de toda forma de política centrada en una autoridad

unitaria, en un jefe, en un líder. Comunidad de los corazones se ha dicho también, comunidad secreta, existencia trágica (uno de los acéfalos massonianos está sobre un volcán a punto de erupcionar), figuración de las pulsiones, de ese corazón encendido en el pecho y de la calavera genital.

Tomemos otra pista, la *nouvelle* de Armonía Sommers, *La mujer desnuda*, allí también la protagonista pierde la cabeza, ella se cercena su cabeza con una daga, su cabeza cae rodando por el piso. Aunque la protagonista vuelve a ponerse la cabeza ya ha nacido a una intimidad rara, díscola, acaso in-humana, una intimidad que le permite conformar otros territorios de lo sensible, tramar otras vibraciones de la materia, modos diversos de relaciones con los otros seres, incluso los no-humanos. La cabeza perdida y luego plegada al cuerpo ya no es central, es solo un pliegue más del cuerpo.

También podríamos tomar *Las cabezas trocadas*, de Thomas Mann, o *La mujer sin cabeza*, de Lucrecia Martel, donde la identidad, la responsabilidad y la pérdida están presentes como ejes de la vida humana y de su. Y, por qué no, en esta búsqueda de pistas, también recordar la fascinación que despierta la mantis religiosa, insecto mimético cuyo mito ligado al diablo, a la voracidad que liga la sexualidad y la nutrición en un automatismo instintivo (según vio el propio Caillois en «La mantis religiosa», en *El mito y el hombre*) revela aspectos atemorizantes y siniestros de la pérdida de cabeza.

En fin, retomemos y pasemos en limpio qué nos indican esas pistas: se trata de ir hacia una antropología acéfala, una antropología que ponga en cuestión la identidad, la razón, la jerarquía y distinción humana por sobre otros seres, la autoridad, que indique la impronta corporal, sexual, y también los aspectos de la voracidad, de lo instintivo, de lo automático y de lo reprimido. Pero, además, tal como lo muestra Teruel en este libro, se trata de dislocar el sentido que Occidente ha construido de y sobre lo humano, ejerciendo un corte, fragmentando la forma humana, incluso desmontando saberes y discursos para *hacer ver* desde alguno de sus residuos y restos, desde sus inadmisibles, desde sus inasimilables. «Una antropología marginal, pero urgente» (13).

En la apuesta de este libro, la heterología es la vía regia para tal propuesta. Teruel baliza e historiza de forma precisa en la obra de Bataille, en un doble movimiento, cómo se traza ese camino: señalando esa vía regia y paradójica que constituye la heterología en la obra del francés por un lado y, por otro, recuperando y reconstruyendo los saberes, críticas y provocaciones que se conjugan (y por momentos se chocan) en esta apuesta por una perspectiva *otra* del fin y los medios humanos. Se presenta así una profundización en esta ciencia imposible en los desarrollos de Bataille en *Documents* y *La critique social*, y su derrotero subterráneo en su obra, sin dejar de guiarnos por esa reconstrucción de su pensamiento en la que podemos leer tanto a Sade como a Freud, a Mauss como a Marx, a Durkheim como a Nietzsche.

En este sentido, la autora sostiene que «el concepto de “heterología” es una clave de lectura que atraviesa de punta a punta el pensamiento de Bataille», afirmación que,

sin embargo, no la tranquiliza, sino que tensiona con la pregunta acerca de «¿por qué este término, siendo de capital importancia, tiene una existencia tan efímera en la totalidad de sus escritos?» (17), y profundizando más la tensión sitúa a la heterología –ese punto de irradiación batailleano– entre los deshechos y residuos de su producción. Ahora bien, resulta inquietante cómo algo residual, efímero, aparentemente no central puede ser medular a un desarrollo, ¿será porque no solo se trataba de un planteo teórico, sino de lo que excede a lo teórico e ideal? En la respuesta a esta pregunta está la apuesta de este libro.

La heterología sería el pensamiento de lo *otro*, pero lo otro no puede sino hacernos tropezar, interrumpir la linealidad de los pasos, el fluir del tiempo y la horizontalidad del espacio. La heterología, entonces, aparece como ese ojo de la cerradura desde donde Bataille propuso mirar –desde la fragmentación y suspendiendo la pretensión de «poder verlo todo»– los fenómenos brutos de la existencia humana. Esa clave reúne aires de lo sagrado, de lo impuro, de lo escatológico, de los cuerpos extraños al saber. Siendo así, si el ojo en el ojo de la cerradura se asoma a esa visión, no es improbable sentir una molestia, esa que no deja de marcar la mirada con ese «cuerpo extraño».

En una lectura a vuelo de pájaro del índice del libro ya aparecen esos rasgos, esos señalamientos otros, piezas heterogéneas de esta perspectiva: lo informe, la motivación revolucionaria, la propuesta de una economía antiburguesa, el ojo pineal en una antropología mitológica, el bajo materialismo, lo inasimilable del lumpenproletariado, la nostalgia de lo sagrado, el lado izquierdo, la alegría frente a la muerte, la centralidad del gasto, el deshumanismo. Y claro está que en el estudio que presenta Teruel acerca de Bataille, la filosofía también se vuelve un cuerpo extraño, un ojo enrarecido desde donde no solo mirar, sino también contagiar o propiciar experiencias: filosofía trágica, maldita, filosofía sociológica, religiosa, ilícita, revolucionaria. Filosofía excesiva, sucia, a veces oscura.

La autora realiza un estudio meticuloso y amable, preciso y atento a los detalles, a las pistas y rastros de lo que a un ojo que no mira por la hendidura le parecería irrelevante o marginal. Esa misma hendidura que le permitió a Bataille reconocer elementos trágicos en la sociedad, en la forma de darse la política en el siglo xx, en el fascismo, en los totalitarismos. El ojo de la mirilla de esta heterología, de esta antropología acéfala, está conformado por la triple alianza (in)disciplinaria entre psicoanálisis, marxismo y sociología francesa: desde allí Bataille pudo reconocer lo inconmensurable de la economía, el inconsciente del sujeto y de lo social, ligado a las esferas y reacciones de lo sagrado. Todo eso entramado, todos esos restos y márgenes heterogéneos juntos, compostados, diríamos hoy.

Este estudio, que entrama y rastrea esta antropología acéfala a partir de estas grandes teorías de lo humano, tiene no obstante dos singularidades en el campo de los estudios sobre la obra de Bataille. Una novedosa singularidad es la de retomar los Cuadros heterológicos que el francés realizó en una condensación gráfica de los elementos en tensión (altos y bajos, homogéneos y heterogéneos, etc.), no solo

interpretándolos, sino también reconociéndolos como operadores teóricos. La otra singularidad es la de ubicar y reconocer la sombra marxista en la lectura de lo inasimilable. Y, más aún, el mérito de abocarse a reconocer aspectos de un materialismo bajo (no asimilado) en el propio Marx y sus indicaciones acerca del lumpenproletariado. Este mérito, que sin dudas está propiciado por la mirada al detalle, abre a otras resonancias, a apuestas contemporáneas en torno al pensamiento batailleano, por caso, las de Didi-Huberman.

La heterología como ciencia de lo heterogéneo –cuyo valor epistémico es problemático, pues plantea la pregunta sobre si se trata de «ficción propedéutica o una formulación alegórica» de la «diferencia no explicable»– es retomada por Andrea Teruel como la lupa para ver esas partes excluidas por el primado de la razón, por el primado de la cabeza, por el primado de la utilidad humana. Algunos de los hitos o provocaciones señaladas en este recorrido son: la posibilidad de una revolución que no tenga un sentido utilitario, sin un fin posterior por el cual se realiza; la interpretación de la economía que tuerza la vigente de la economía clásica, señalando la importancia del gasto, el don; enmarcar una antropología mitológica retomando dos mitos batailleanos de los años 30, el de ano solar y del ojo pineal. Son estos dos mitos los que condensan aspectos revolucionarios de esa otra economía de la energía, a la vez que son ficciones teóricas centrales de esta antropología: hendijas para «asomarse» hacia arriba y hacia abajo, y no la mirada horizontal y homogénea, ficción teórica de una visión vertical, baja y alta, una representación mediante apariciones, «fantasmas» de la razón.

Según la autora, es posible reconocer que la nervadura heterológica en Bataille se mueve en dos direcciones que, sin embargo, se entrecruzan constantemente «en un mismo espiral de doble hélice: el teórico y el práctico». Mientras que desde lo teórico se dinamitan las perspectivas idealistas y racionales que forman a la cultura occidental, desde el aspecto práctico se combaten

los modelos políticos y económicos que cercenan la existencia bajo prerrogativas –también idealistas y racionales–fundamentadas en la productividad. En efecto, ambos carriles tienen en común el perforar identidades robustas y homogéneas, expresadas mediante términos conceptuales abstractos o mediante modelos organizativos concretos (280).

Así, la heterología podría tomarse como dispositivo que «perfora una concepción hegemónica de lo humano sostenida en la racionalidad, presente desde los orígenes de la cultura occidental y radicalizada con la modernidad [...] [tan ligado] con los imperativos de identidad, conservación y utilidad, dando como resultado formas de vida cada vez más normativizadas y reductivas a la función productiva» (282-283).

Cuando Andrea Teruel titula su libro *Hacia una antropología acéfala*, insiste no solo en fisurar aquel paradigma del sujeto racional focalizado en la producción y conservación de bienes, en fisurar las formas del poder autocráticas y alienantes

de lo humano, sino también marca un rumbo hacia otras escenas de incompletud, manifestaciones improductivas, formas de darse los lazos de lo humano y más allá de lo humano, de la consumación sin contrapartida, de no totalización. Ese rumbo, bajo esas pistas, acaso abra a otras heurísticas o «desmontajes teóricos» que no solo pongan en juego otra antropología, sino también otro modo de mirar de cerca los fenómenos brutos, formas de un saber paradójico (donde la heterología, no lejos de fantasmalogía, espectrología, escatología) que permitan reconocer esos restos y residuos que también somos.

AISTHESIS 73 / JUNIO 2023

